

Siento el ausentarme tanto
De tus luces refulgentes,
Cuánto en idiomas corrientes
"Ya te lo dice mi llanto."

A Dios.... mas ¡ay! ¡qué tormento!
De nuevo el miedo me asalta:
Me falta el valor, me falta
Para ausentarme el aliento.

Cadáver vivo me siento:
Mas ¿qué mucho? no me espanto,
Si dejo en tí gusto tanto,
Tanto bien y tanta gloria,
Que aunque vas en mi memoria,
"Te quedas, lo siento, ¡ay cuánto!"

Pero tú ¿qué lloras? no
Eclipses astros tan bellos,
Que no es justo paguen ellos
Lo que es fuerza sienta yo;

Mas si el amor nos unió
Con su propio ligamento,
Nuestro duro apartamiento
Es bien sientas por tu parte,
Que yo también el dejarte
"¡Ay cuánto, mi bien, lo siento!"

DÉCIMAS

A FILIS EN EL CAMPO. (1)

Oye, Filis, lo sonoro
De melodiosas cadencias
Que en acordes competencias
Trina, ya el volante coro:

Cada pájaro canoro
Parece que está apostando,
Y su piquillo variando
Va con tan grato primor,
Que un órgano volador
Se está en el aire escuchando.

Mira tantos nacimientos
De arroyuelos, cuya plata
Susurrando se desata
Por esos valles sedientos:

Con uniformes acentos,
Y compases distribuidos,
Van quedando suspendidos
De sus músicos rumores,

(1) El que llegare á leer estas décimas, tendrá mucho que refer; pero el viejo Góngora me las agradecerá. No es malo el consuelo.—A.

Hasta que en cama de flores
Se quedan como dormidos

Mira la hermosa arboleda
De verde pompa vestida,
Y como que nos convida
A pasear por su alameda:

Alegre el ánimo queda
Respirando la frescura
Con que brinda la espesura
De los árboles, que son
Ya un toldo, ya un pabellón
A tu divina hermosura.

Mira cuántos animales,
En cuyas pintadas pieles
Se esmeraron los pinceles
Y dibujos naturales:

Tras de ellos van los zagales
Tañendo y cantando amores:
Así tienen por mejores
Su libertad, su cabaña,
Que aquel fausto que acompaña
A las ciudades mayores.

Mira la selva vestida
De un verde que por los ojos
Se entra á quitar los enojos
De la alma más afligida:

En ella la comalida
Oveja puede encontrar

Cuanto tenga que desear:
La mesa para comer,
El campo para correr,
Lecho para descansar.

¡Dichoso yo, que á tu lado
Ando el campo y sus florestas
En las mañanas y siestas
Libre de todo cuidado!

Ahora siéntate en el prado,
A orilla de esta fuente:
Aquí, Fífil, mutuamente
Nos haremos mil amores,
Y con guirnaldas de flores
Nos ceñiremos la frente.

DECIMAS.

EN LA DESTRUCCION DE UNOS PAPELES

AMATORIOS.

¿De qué me sirve, papeles,
Hijos de un bastardo amor,
Veros con tanto favor,
Si vosotros sois crueles?

Ingratos sois, sois infieles,
Heredando el ser tiranos;
Mas yo haré que vuestros vanos
Y falsos prometimientos

Sean en menudos fragmentos
El despojo de mis manos.

Confieso fuísteis amigos
En amorosos cuidados;
Mas ya del todo volteados
Sois tenaces enemigos:

De mi deshonra testigos,
Vergüenza me dá teneros,
Pues mirándome severos,
Sin que el corazón resista,
Me hacéis gustar por la vista
Los acfbares más fieros.

Así, pues, os he de hacer
Pedazos, porque á mis ojos
No sois más que unos despojos
De un ingrato proceder....

Mas no esto sólo ha de ser:
Aun más tenéis que sufrir....
Al fuego, al fuego habéis de ir,
Que pues fuego el ser os dió,
Fuego ha de ser, y no yo,
El que os ha de consumir.

Ya ardeis, y al punto ¡qué horror!
De vuestras llamas las lenguas
Al padecer tantas menguas
Dicen ser fuego de amor:

Cuyo escaso resplandor
Como un día viene á ser,

Con que yo consigo ver
Mi obscuridad disipada,
Y que en breve instante es nada
El amor de una mujer.

Ceniza os contemplo ya,
Y aunque tan yerta y tan fría,
Mañana, ó en otro día,
Tal vez resucitará:

Mas no, que el viento será
Vuestra total destrucción....
En alas del aquilón
Volad, pues, y que él os lleve
A cubriros con la nieve
De la más cruda región.

Y mientras de mi presencia
Su furor os arrebata,
La memoria que os combata
Con golpes de la experiencia:

Que aun en tan frágil potencia
Teneros no es permitido,
Y es remedio conocido
Para un amoroso daño,
Que lo lleve el desengaño
Al sepulcro del olvido.

DECIMAS.

A UNA SENORITA QUE COGIO LA MANIA

DE PEDIR VERSOS AL AUTOR.

¿Versos quieres? "un" pie está;
 No tiene el "segundo" pero:
 ¡Qué fluido salió el "tercero"!
 Cata una "cuarteta" ya.

Este es el "quinto" allá va
 Brincando el "sexto" ¿qué tal?
 No salió el "septimo" mal:
 Este es el "octavo" ahora
 Sobre el "nono" va, señora,
 Una "décima" cabal.

¿Quieres otra mejor que ésta?
 Y de qué saldrá mejor?
 ¿Quiéresla, mi bien, de "amor"?
 Sin tí no se hará la fiesta.

¿De "celos"? "pero" me cuesta
 Muy caro este mal por tí.
 Vaya de ausencia ¡ay! d' mí!
 Que me da tantos enojos,
 Porque no miro tus ojos:
 Cata otra "décima" aquí.

Vaya de "amor," porque toda
 El alma te sacrifica,

Cuando entre chanzas te explica
 Que entre veras me acomoda.

Desde luego que la boda
 No permitirá tardanzas,
 Si á las dulces esperanzas
 Propicia correspondieras,
 Haciéndose amor de veras
 El amor que anda con chanzas.

En fin, cuando el verso acabe,
 Hallo por modos diversos,
 Que es muy fácil hacer versos
 De éstos, de que no me alabo.
 De ser tu amoroso esclavo
 Sin duda me alabaría:
 Y creo te parecería,
 Si no me engaño, mejor
 El acento de mi amor,
 Que la voz de mi Talsa.

DECIMAS.

A MI CORAZON.

Corazón, corazón, ¿dónde
 ¿Qué sientes, di, corazón,
 Que con recia pulsación
 Salirte quieres de mí?

Mas ya la causa advertí,
Y creo no ser desacierto,
Porque quedando yo yerto
De una pena tan tiraaa,
Tú por irte con Rosana
Salir quieres vivo ó muerto.

Razón tienes, corazón,
Que supuesto ella es tu dueño,
Procuras el desempeño
De tu dulce obligación:

Ve pues, dile la ocasión
Tan penosa en que me ves,
Y te encargo que después
A sus pies sirvas de peana,
Porque es justo que Rosana
Tal peana tenga á sus pies.

DECIMA.

A LISI POR EL FUEGO QUE LE SALIO
A LA BOCA.

Ese fuego es prueba clara,
Que ya de tu amor tenemos,
¡Ay Lisi! y por lo que vemos
Siempre el mal sale á la cara:

Y cuando á todos declara
De tu interior la pasión,

Se convence la razón,
Con atención á que vale
Decir, que á los labios sale
Lo que está en el corazón.

DECIMA. (1)

A UNOS OJOS.

Cuando mis ojos miraron
De tu cielo los dos soles,
Vieron tales arreboles
Que sin vista se quedaron:

Mas por ciegos no dejaron
De seguir por sus destellos,
Por lo que duélete de ellos,
Que aunque te causen enojos,
Son girasoles mis ojos
De tus ojos soles bellos.

DECIMA.

EN UNA AUSENCIA.

Las lágrimas que encerráis
¿Para cuándo, ojos, queréis?
Si á vuestra Filis no veis,
Ojos, ¿por qué no lloráis?

(1) Esta producción fué el primer gorgo de
mi musa.—A.

Mas ya el descargo me dáis
Formando copiosos ríos:
Llorad, pues, tantos desvíos,
Llorad ausencias fatales,
Llorad, llorad tantos males,
Llorad, llorad, ojos míos.

DECIMAS.

EL AMOR CARMELITA.

Empeñado en la hermosura
De Nise, el Amor un día,
Su retrato disponía
En retórica pintura.

Mudar quiso de figura
Para la vez de pintor,
Y por singular favor
Con su madre solícita
Le transforme en carmelita.
¡Qué lindo que está el Amor!

¿Con que á más de niño, loco?
Pues si se viera á un espejo,
Sin tener trazas de viejo
El mismo se hiciera el coco:

Quando su capricho toco,
En discursos me desvelo,

Preguntando al diosezuelo
¿Qué hado siniestro le apura,
A que pinte la hermosura
Vistiéndose de caramelo?

Pues qué, ¿el pintar con esmero
Una belleza sin par,
Es lo mismo que jugar
A las damas del tablero?

O ¿qué piensa el dios certero,
Que esa tu cara divina,
Miniatura peregrina
De raros modos y nuevos,
Es arroz, pescado, huevos,
U otro embrodio de cocina?

Nada vale. Se presenta
El Amor en su aparato.
—Qué lindo salió el retrato!
De su original, afrenta.

¿Y así Nise está contenta?...
Esto es lo que más me irrita.
Por tu cara tan bonita,
Nise, ruégale al Amor,
Que cuando haga de pintor
No se meta á carmelita.

QUINTILLAS.

DUDA AMOROSA.

Si por una cosa rara
Dos corazones tuviera,
En uno Filis entrara,
En otro á Doris pusiera,
Y así á las dos contentara.

Pero si uno sólo tengo
No podré darlo á ninguna,
Porque luego me detengo
En que si lo doy á la una,
Al rigor de la otra vengo.

Darlo á las dos es buscar,
Si se examina despacio,
Guerra en que siempre han de estar;
Porque un sólo palacio
Dos no pueden gobernar.

Qué hacer en tal confusión
No alcanzo; mas si supiera,
Que no había de haber cuestión,
Sin duda á cada una diera
La mitad del corazón.

Así una vez discurría:
Y Amor que en mi pecho estaba,
En lo interior me decía:

Que si á dos darlo pensaba,
A ninguna lo daría.

Que es ley la más oportuna;
Aunque de un tan ciego dios,
Que se quiera á sola una;
Porque aquel que quiere á dos
No quiere bien á ninguna.

Luego el corazón le di
A Doris; y mal pagado,
Al punto me arrepentí,
De que no le hubiera dado
A Filis: ¡triste de mí!

ENDECHAS REALES.

A UN CANARITO DE CELIA.

¡Ay, pobre canarito,
Que con débiles ayes
Llamas al dulce dueño
Que te llevó la muerte inexorable!

¡Ay triste, y cómo llenas
De suspiros los aires
Que volverte no pueden
A nueva vida la consorte amante!

¡Ay cómo representan
Tus lúgubres cantares
El amor que perdiste,
Amor difunto que en la nada yace!

Suspende de tus quejas
Los fúnebres compases,
Con que á llanto provocas
Al coro alegre de las dulces aves.

Parece que refieren
Los sabrosos instantes
Que en el murrido lecho
Son premio dulce de desvelo amante.

Procura ¡ay! sí, procura
De tu dueño olvidarte,
Y sea total remedio
Por tanto dolor un nuevo enlace.

Ya de la hermosa Celia,
Moyda á tus pesares
La ternura se empeña
Para que en otro amor alegre cantes.

Págale sus oficios,
Sus oficios tan grandes
De ternura, con quiebros
Que trinas á la aurora cuando sale.

¡Qué bella pajarita
Te presenta! ¡Qué talle!
Qué ebúrneo su piquillo!
¡Qué pintado, y qué muelle su plumaje!

Llévala al dulce nido,
Que puedo asegurarte
Que todos serán gustos,
Pues de los muertos no hace aprecio nadie.

DOS TRADUCCIONES DE UNOS VERSOS DE GALO.

PRIMERA.

Lidia bella, muchachita blanca
Más que leche y que cándido lirio;
Más que rosa, que es alba entre rubia,
Y que indianos marfiles bruñidos.

Muchachita, desata, desata
El trenzado de esos cabellitos
Para ver en tus cándidos hombros
Hilos de oro luciente esparcidos.

Sus estrellas me muestren tus ojos,
Y sus cejas en forma de arquitos;
Y también tus mejillas me muestra,
Que se bañan con grana de Tiro.

Llega acá con tus labios corales,
Y me dá cual paloma besitos:
Una parte de mi alma te llevas:
Hasta el pecho tu boca he sentido.

¿Por qué agotas mi sangre que aun corre?
Tapa, tapa tu blanco pechito:
Ese pecho, muchachita, cubre,
Que se enyema del néctar urgido.

Cinamomo se esparce en su seno:
El placer se suscita contigo:
Tapa, tapa tu pecho amoroso
Que me tiene dulcemente herido.

Qué ¿no ves cuando enfermo me quejo
Mis amores? cruel eres conmigo.
Muchachita, qué ¿así me abandonas
Casi muerto, y á tus pies rendido?

SEGUNDA.

Lidia hermosa, más alba
Que la leche y que el lirio,
Más que la rosa que une
Lo blanco y lo encendido.

Más que el martil que aprecian
Los orientales Indios,
Y que por diestra mano
Resplandece bruñido.

Esparece, niña, esparce
Tus rubios cabellitos,
Y que en tus hombros vaguen
Como dorados hilos.

Denme luz las estrellas
De tus ojos divinos,
Y de tus cejas negras
Me muestra los arquiteos.

Tus mejillas rosadas,
Que en púrpura de Tiro
Recibieron lo rojo,
Déjame ver, te pido.

Llega acá con tus labios,
Tus labios coralinos,
Y dame cual paloma
Muy sabrosos besitos.

Una parte de mi alma
Te llevas; y percibo
Al tiempo que me besas,
El corazón herido.

¿Por qué, por qué me dejas
De este modo, bien mío?
Ese pechito escondé
De néctar comprimido.

En tu seno conduces
Cinamomo esparcido,
Y manan de onde quiera
Los placeres contigo.

Esconde, niña, esconde
Tu nevado pechito,
Porque todo me quemó
Con cuánto en éste miro.

Qué ¿no ves lo que paso?
Tirana eres conmigo.
¿Casi muerto me dejas,
Cuando por tí suspiro?

Epigrama del Amor arando

Traducido del idioma griego al latino, y de éste al castellano.

El rapaz Cupidillo
Dejando el arco de oro,
Pone oportunamente
La alforja sobre el hombro.

Arroja la hacha ardiente,
Coge el cayado corvo,
Y unce los mansos bueyes
Bajo del yugo tosco.

Con mala fe á la tierra
Dá la semilla, y pronto
Dijo, alzando la vista
Al estrellado polo:

Haz, oh Júpiter sumo,
Este campo abundoso;
Si no haré que bajando
De tu luciente tron-

Lleves el yugo infame
(Otra vez como toro)
De Europa, que sin duda
Es yugo el más gravoso.

PARAFRASIS DEL MISMO EPIGRAMA.

De los cándidos hombros abajaba
El dorado carcax Amor un día,
Y en su lugar ponía
La alforja que á propósito llevaba.
Igualmente arrojaba
La abrasadora tea
Y el grosero cayado apercibía.
Y á los uncidos bueyes diligente
Para que abran el sulco agujonea:
Ya esparce la semilla conveniente
En el fecundo preparado suelo,
Y dice: (levantando al claro cielo
Sus ojos) haz ¡oh Júpiter! que vea
La siembra acrecentarse en mi decoro;
Si no quieres que sea
Tu deidad convertida en manso toro:
Y te veas obligado
Por quien otra ocasión hacerlo pudo,
A llevar aquel yugo tan pesado
De Europa, con infamia de convido.

A CLORI CON UNA CALANDRITA.

Clori, Clori, restaure mi aliento
De tus ojos la dulce alegría,
Tu presencia más suave que la alba
¡Ay, zagala! me dé nueva vida.

Humedece con lágrimas tiernas
El cadáver de esta calandrita
Que del nido materno robaba
Para traer á tus aras divinas.

A tu influjo esperaba crecer,
Descubriendo la pluma amarilla,
Que con negra formara un ropaje,
Más galán que la tela más rica.

Parecíame escuchar los gorgoros,
Que á tu voz hechicera aprendía,
Cuando jaula de mimbres delgados
Defendiera de halcones su vida.

Pero en medio de imágenes gratas,
Empujando con alas blanditas
De mi mano se sale y se sube
De un arbusto en las verdes ramillas.

Fiero can, que la sigue, la coge;
De sus fauces mis ansias la quitan,
¿Pero cómo, mi Clori? exhalando
Mi esperanza hallagüeña en su vida.

Los zagales al són de sus flautas
Su tragedia cantando, repitan:
Avecillas que libres se pienden,
Es mejor que se logren cautivas.

A CLORI CON UNOS PICHONCITOS.

A estos dos pichoncitos que en dulce
Y amoroso concurso tuvieron
Dos amantes fecundas palomas
Nuestra choza destinan los cielos.

A la escuela de amores felices
Defenderse podrá que vinieron,
Si los dos con empeño tomamos
Su enseñanza en los dulces extremos.

Aprended, palomillos dichosos,
Las lecciones que dicta el afecto:
Ved en Clori inocentes halagos,
Y en su Silvio cariños honestos.

¡Ay! no quiera la diosa de Chipre
Que su carro tiréis con el tiempo,
Que aunque sois de tan candidas plumas
Quedaréis maculados muy presto.

¡Cuánto, Clori, cuánto nos amamos!
Pues atados con vínculo estrecho,
Me parece que vienen las aves
A tomar de nosotros ejemplo.

Alegraos, alegraos, pastorcillas,
Y tocad los festivos panderos,
Mientras cantan alegres las aves
Al amor, que nos hace maestros.

CLORI Y SILVIO COMIENDO DURAZNOS.

Mientras pacen las blancas corderas
Verde grama y tomillo oloroso,
Comeremos, zagala, estos frutos
A la sombra que ofrecen los olmos.

¡Qué durazno! parece que muerdo...
Un carrillo del dueño que adoro...
De mi Clori... de tí, por quien vivo
Encantado en los valles y sotos,

Dame tú ese que ya has comenzado...
Toma tú éste... ¿cuál es más sabroso?
El que tiene, mi Clori, el almíbar
Que destilan tus claveles rojos.

Bendigamos al nínen que manda
La estación del fructífero otoño,
Y los gustos cantemos del campo,
Que no tienen los poblados todos.

ROMANCE ENDECASILABO.

A LOS OJOS DE CLORI.

Graciosas luces de la Clori mía,
Estrellas claras de esplendores tiernos,
Albas risueñas, soles agraciados,
Ojos divinos que me veis serenos:

Como los montes se estremecen cuando
Rayos fulminan los airados cielos,
Así mi pecho, que se siente herido
Sin causa alguna, del enojo vuestro.

¿Hasta cuándo esas niñas cariñosas
No me vuelven á ver como riendo?
Tornad al gusto con que me mirábais,
Risueñas niñas, en alegres tiempos.

Miradas dulces sobre el triste Silvio
Benignos esparcid, habladme tiernos,
Habladme tiernos, como siempre fuísteis:
Volved á vuestro amor, ojos parleros.

Tiernos, y alegres, y blandos, y dulces,
Divinos ojos de amoroso fuego.
Convertid vuestras iras formidables
En calma celestial, ojos serenos.

Así los dioses á mañana y tarde
Lucir os hagan en lugar de Vénus,

Y así las musas os compongan himnos
Que cante Silvio vuestro zagalejo.

ROMANCE ENDECASILABO.

EN LA MUERTE DE UN LORITO.

Psittacus Eois immitatrix ales ab Indis,
Occidit. Exequias ite frequenter, aves.
Ite, piaæ volucres; et plangite pectora pennis:
Et rigido teneras ungue notate genas.
Horrida pro moestis lanietur plumia capillis:
Pro longa resonante carmina vestra tuba.

OVID, lib. 2o., "Amor." eleg. 6a.

La muerte de un gracioso pajarillo
Lloró CATULO con dulzura tanta
Como que era el que hacía las delicias
Y el recreo todo de su Lesbia amada.
Recuerda con ternura y sentimiento
Sus gracias todas que eficaz retrata,
Y aquellos movimientos inocentes
Con que á su hermosa Lesbia tanto agrada.
De su hechicero seno á un lado y otro
El tierno animalito se volaba,
Cuidando siempre de volver gozoso
Y nunca tarde á su envidiable estancia.

Lloró también el dulce y suave OVIDIO
De un perico la muerte desdichada,
Manso, hermoso, locuaz y lleno todo
De encantadoras y sublimes gracias.

El fué de una inocente tortolilla
Amigo fiel, sin que jamás notara
Ninguno en ellos la más leve riña;
Cosa en sus semejantes bien extraña.

El fué parco y frugal, pues solamente
Vivió de comer nueces y alguna agua;
Tan amoroso y tierno, que hasta de esto,
Si le hablaban de amores, se olvidaba.

El en fin mereció y logró la dicha
De agradar á Corina, y su palabra
Ultima fué un funesto y triste vale
Con que su ama sensible le traspasaba.

¿De qué te sirvió, dime, exclama Ovidio,
La fe á tu tortolilla tan guardada?
¿De qué tu hermosa variedad de plumas,
Y la dulzura de tu graciosa habla?

¿Qué te aprovecha el don inestimable
De agradar á Corina? ¡oh suerte infausta!
¡Ay! yaces infeliz, funesta gloria
De cuantos pueblan las regiones aéreas.

Así sigue, señora, lamentando
El genio dulce la fatal desgracia,

Y así de vuestro amado periquito
Quisiera cantar yo, y os agradara.

Pero tan incapaz me reconozco
De esto, que sólo quiere mi ignorancia
Remedar la expresión y los acentos
De la lira mejor de las romanas.

Venid piadosas, tiernas avecillas,
A llorar sobre la urna desdichada
Del más gracioso loro que ser pudo
Despojo triste de la horrible parca.

Romped vuestro plumaje hermoso y rico.
Heríos los pechos, azotad las alas,

Y óiganse vuestras quejas y lamentos
En la región que esté más apartada.

Llorad zenzontles, y canarios suaves,
Tórtolas, gorrioncillos, y calandrias,
Llorad la muerte del perico amable
Que se ha robado Láchesis avara.

¿Tanto importaba, muerte, á vuestros triunfos
Esta avecita que Joaquina amaba?

¿No tienes allá tantos que publiquen
Tu gran poder y fuerza ilimitada?

¿El rico Creso, el elocuente Tulio,
El valiente Scipion, mi hermosa Clara,
No te dan todavía bastante gloria?
¿Aun no demuestran tu fiereza y saña?

Pues ¿por qué á esa ave amable é inocente
Haz hecho triste objeto de tu rabia?
¿Quisiste acaso castigar su dueño
Por la ternura fiel con que la amaba?

Pero sea lo que fuere, ya no existe,
Y dentro de muy breve será na-la:
Grabemos pues por último en su losa
Lo que Ovidio hizo en la del otro, y basta.

EPITAFIO.

Desde este triste Leteo
Que es propia imagen del sueño,
Agradarán á mi dueño
Mis canciones y gorgeo.

Supuesto, pues, que aun poseo
Aquella dulce armonía
Y admirable melodía
Del ave más docta en canto,
Y así convierta su llanto
En la mayor alegría.